

del joven, y un largo y doloroso acceso de tos sofocó en su garganta las últimas palabras. Y sea efecto de esta tos prolongada, ó bien de la conversacion que habia sostenido conmigo por espacio de media hora, el resultado fué que perdió la voz completamente. El ruido del tren me impedía oír lo que me decía, pues hablaba en secreto. Con mucho trabajo pude entender que iba á Ismailia, donde pasaría dos semanas, por ver si la temperatura de aquel lugar le era favorable, y que de todas maneras partiría para Inglaterra pasado ese tiempo.

Aquella historia y aquella escena me partieron el alma. No traté ni por un momento de disimular mi emocion, y supliqué al joven no hablara mas, porque el esfuerzo que cada palabra le costaba, ocasionábale nuevos accesos de tos. Se conmovió visiblemente al notar el interés que por él me tomaba, y volvió á derramar nuevas lágrimas.

—Disimule vd. mi debilidad, me dijo hablándome al oído; pero desde que estoy enfermo, me he vuelto extraordinariamente sensible. Hace tanto tiempo además que no miro un rostro amigo, que al hallar que vd. me compadece, me he sentido profundamente conmovido.

Y luego, tomándome la mano y estrechándomela con fuerza, añadió: —«I give you a thousand thanks, my friend!» (Doy á vd. mil gracias, amigo mio.)

Despues de esto, caimos los dos en profundo silencio durante hora y media. Yo no me apercibí de cuando el tren se detuvo en Abu-Ahmed, Tel-el-Kebir y Masama, que son las tres estaciones que se encuentran á continuacion de Zagazig.

Durante este tiempo, no cesé de pensar cosas tristes y desconsoladoras. Aquel joven que estaba delante de mí, tenia todas las dotes personales que aprecia el mundo: era apuesto, inteligente y rico. Sus padres le amaban; su prometida lloraba su ausencia. El porvenir le habia abierto sus puertas para que entrara á gozar todas las dichas que hay en la tierra. Y sin embargo, este joven habia visto la felicidad, y cuando iba á tocarla, se le habia escapado de entre las

manos. ¡Horrible decepcion la de un alma que en un mismo instante se ve despeñada desde las alturas de la dicha hasta los abismos de la desgracia!

A las tres y media de la tarde llegó el tren á Ismailia. Allí nos separamos Smith y yo, con la esperanza de volver á vernos en Puerto-Said. Sin embargo, nunca he vuelto á encontrarme con este desgraciado joven, ni á tener noticias suyas. Desapareció delante de mí en lo inmensurable de la distancia y en lo innumerable de la multitud. Al despedirme de él, le dije que tuviera ánimo, que estaba fuerte, que volvería á Inglaterra, y seria feliz en medio de los que amaba. Él me contestó tristemente y con voz entrecortada:

—Agradezco á vd. sus buenos deseos; pero mucho temo que no se cumplan. Desgraciadamente sé bastante de medicina para comprender que mi situacion es desesperada. Si esto continúa así, dentro de quince dias todo estará terminado. Adios, buen viaje, y sea vd. mas feliz que yo.

Y mordiendo su pañuelo para contener su llanto, y con la respiracion anhelante, se alejó trabajosamente del tren para entrar en la ciudad, haciéndome su último saludo.

Pocos momentos despues volvió el tren á ponerse en marcha. Otro caballero habia entrado en mi wagon; pero yo no le prestaba atencion alguna, sumido en mis reflexiones. ¿Qué será de ese pobre enfermo? ¿vivirá? ¿morirá? Hacíame yo mismo estas preguntas, y cuando á ellas me contestaba: «es probable que muera,» me echaba en cara esta respuesta, como si yo hubiese dado una sentencia de muerte.

Entre Nefish y Suez, el camino de fierro cruza por en medio del desierto. Por donde quiera que se dirige la mirada, no se ve mas que el cielo y la inmensa sábana formada por la amarilla arena. El rodar del tren levanta un polvillo sutil que ciega y hace estornudar á menudo, como si se sorbiese rapé. Apenas estos fenómenos fisicos me hacian prestar ligerisima atencion al panorama que me rodeaba.

De cuando en cuando, sin advertirlo apenas, se me escapaba un suspiro del pecho, y este era, amén de los ojos abiertos, la única señal de vida que yo daba, á lo que presumo.

—¿Está vd. enfermo, señor? me preguntó una voz en frances.

Era mi segundo compañero de viaje, personaje grueso, entrecano y colorado; el reverso del inglés que habia quedado en Ismailia.

—No señor, le contesté, solo que acabo de escuchar una triste historia, que me ha dejado profundamente conmovido.

Y como mi corazon estaba rebosante, y sentia necesidad de desahogarme, referí á mi compañero, cuanto acababa de escuchar de boca de Smith. El frances me escuchó atentamente, aunque sin dar la menor muestra de compasion, y cuando hube terminado, exclamó:

—¡Pobre diablo! ha errado diametralmente su camino; no es en Ismailia ni en Egipto donde los tísicos se restablecen.

—¿Cómo no? le pregunté; ¿no se goza en Egipto durante el invierno de un clima templado?

—No señor, no lo crea vd.

—Es que así me lo han asegurado varias personas.

—Tales personas no están bien informadas. Yo tengo mas de diez años de habitar Ismailia, y puedo hablar con conocimiento de causa. Durante los dias, aun en el invierno, hace calor á descubierto y frio en la sombra. Por las noches sopla siempre un aire helado. Además de esto, con frecuencia llega aquí el «Khamzin,» que arrastra nubes de polvo y arena, y cubre el cielo de un color sombrío y plomizo. El calor entonces es sofocante. Oscurecida la luz del sol, torbellinos inmensos ruedan por el espacio, subiendo y bajando, conforme al viento que los impele. Las personas mas sanas pueden entonces respirar apenas. Crea vd. que son terribles estas tempestades del Desierto. A las veces dura el «Khamzin» horas solamente, pero otras dias enteros. Dígame vd. si en un lugar sujeto á semejantes transiciones, es posible que un enfermo de tisis se restablezca. Por otra parte, lo mismo que digo de Ismailia, es aplicable á todo el Egipto.

La opinion del frances sobre la salubridad de la tierra de los Faraones, me pareció un tanto injusta y exagerada, pues recordaba haber encontrado en buenos libros, otra enteramente contraria. Sin embargo, el aplomo con que mi compañero me hablaba, me heló la sangre; así que con timidez me aventuré á preguntarle:

—Vd. cree, por lo tanto, que el mal de ese pobre jóven aumentará en Ismailia?

—Perfectamente, y aun digo mas. Si ese pobre diablo sube á la luna en busca de salud, no encontrará remedio. «Il crevera.»

Y diciendo esto se echó á reir descompasadamente.

Aquel lenguaje grosero, aquellos sentimientos groseros, y sobre todo, aquella risa grosera, me causaron profundo disgusto, y tomé el partido de volver á sumergirme en el silencio de que aquel hombre me habia sacado. Mil veces me arrepentí de haber referido aquella tristísima historia á un corazon duro y cruel, que la habia escuchado con indiferencia. Lo que me habia hecho mayor impresion sobre todo, era aquel horrible «él reventará» aplicado á Smith. Pensaba en que cualquiera otra frase que hubiese el frances empleado para expresar el mismo pensamiento, habria sido mas humana, y lo único que me servia de disculpa de mi ligereza, era recordar que yo habia errado tratando de comunicar mi propio sentimiento.

Así pasamos hasta el caer de la tarde sin articular palabra, yo fingiendo leer, pero en realidad siempre preocupado, y él durmiendo realmente, y roncando como un granadero. Poco antes de llegar á Suez, se despertó mi compañero, y volvió á entablar conversacion conmigo. Preguntóme si habia visto con atencion el Serapio, Faíd y Genefé, que eran las estaciones por donde acabábamos de pasar. Respondíle que las habia visto, pero sin fijarles la atencion.

—Es gran lástima, me contestó, porque en alguno de esos puntos hay cosas muy curiosas, que bien merecen ser observadas. De aquí en adelante me será preciso constituirme en «cicerone» de vd., y por lo mismo voy á ponerme vigilante contra el sueño.

Al principio contesté con gran disgusto á mi interlocutor, tratando de cortar la conversacion empezada; pero como él insistió en hablarme, y noté que era hombre de talento é instruccion, concluí por escuchar sus palabras de buena voluntad.

—Mire vd., me dijo, el canal de agua dulce que va á Ismailia, y que próximamente estará concluido. Cuando esta obra sea terminada, Ismailia progresará instantáneamente y como por encanto. Ahora el camino de fierro que, como vd. lo ve, atraviesa el Desierto, ofrece grandes inconvenientes, siendo el mayor de todos, la absoluta carencia de agua durante todo lo largo del tránsito. Como el agua es el elemento indispensable para que la locomotora funcione, de aquí resulta que no pocas veces se queda un tren á la mitad de su camino, por falta de vapor que haga que la máquina éntre en movimiento. La manera de suplir este inconveniente es la de agregar algunos wagones cargados de agua, á los de pasajeros y carga; pero esto aumenta mucho el peso de los trenes, y las marchas se hacen mas lentas, á no ser que se gaste mucho fuego. Este canal de agua dulce, que seguirá por todas partes la vía férrea, remediará todos esos inconvenientes, y producirá considerable economía. Mire vd. el canal, repitió apuntando con el dedo.

En efecto, á poca distancia del camino de fierro, corria el canal. Sobre él cruzaban algunas barcas, arrastradas por medio de cuerdas que algunos hombres tiraban desde la orilla. Esta manera de hacer avanzar las embarcaciones, es sumamente comun en Egipto. Los viajes á Tébas y Luqsor en la parte meridional del país, se hacen generalmente de esta suerte. Sin embargo, no por esto vaya á creerse que la navegacion se encuentra así atrasada; pues además de esta manera de caminar sobre el agua, se hace uso tambien de los remos y del vapor. Es un rasgo típico del país.

—Cuando yo llegué á Ismailia, continuó el frances, á principios de 62, no habia allí mas que el Desierto. Mr. de Lesseps habitaba bajo una tienda, y yo levanté la mia al lado de la suya.

—Segun eso, le dije, Ismailia es una poblacion que apenas se está formando.

—No señor, me contestó, Ismailia se formó ya, llegó á su apogeo, y ahora está decayendo.

—¿Cómo es eso? le pregunté, ¿ha podido nacer, llegar á su apogeo y decaer en siete años?

—Como vd. lo oye.

—Pues es curioso.

—En Abril de 66, viviendo yo en una tienda al lado de la de Mr. de Lesseps, vi poner la primera piedra de Ismailia. En esos dias estaba ausente el gran ingeniero, y no pudo presidir la ceremonia; pero lo reemplazó el conde de Sala. Se dijo una misa solemne en la cual se pidió la bendicion de Dios sobre la ciudad en gérmen. El Estado Mayor del Istmo, vestido de gala, asistió á ella. Como entonces Napoleon engañaba todavía al mundo con su fantasma de poder, tres veces fué repetido el «Domine salvum fac imperatorem,» con gran devocion de los circunstantes. Tal ceremonia, celebrada en ese sitio, tenia mucho de solemne y tierno. Una ciudad iba á nacer en medio del Desierto, como por un capricho soberbio de los hombres. La consagracion de su primera piedra, recordaba la Francia, de la que eran hijos los fundadores, y despertaba vivo interes en favor del Egipto renaciente. La piedra bendita fué colocada en un lugar donde flotaban unidas las banderas egipcia y francesa, precioso simbolo de fraternidad entre dos pueblos dispuestos, el uno á enseñar y á aprender el otro.

—Magnífica escena, en efecto, exclamé entusiasmado.

—Nunca olvidaré, continuó mi interlocutor, el dia solemne en que asistí al nacimiento de una ciudad que con el tiempo será famosa. Crea vd. que amo á Ismailia como á un niño en cuyo bautismo se ha estado presente, y á quien se ha visto entrar poco á poco en la vida.

—Pero, conforme á lo que vd. me dijo un poco antes, le interrumpí yo, en vez de aumentar Ismailia, ha disminuido.

—Entendámonos, me contestó, mucho ha disminuido, si se compara lo que hoy es, con lo que era durante el tiempo de la apertura del canal, época en que llegó al zenit de su esplendor. Entonces había allí multitud innumerable de habitantes, y la ciudad brotó de un momento á otro, improvisada, es cierto, y de madera en su mayor parte, pero imponente y grandiosa, como las maravillosas ciudades mercantes é industriales que á cada paso nacen ya magníficas en la América del Norte. Pero vd. comprende que la muchedumbre que en ella entonces se aglomeraba, era esencialmente transitoria, pues solamente vivía allí á causa del gran acontecimiento que iba á cumplirse. Realizada la maravilla, saciada la curiosidad de los viajeros, y cesado que hubieron las faenas de los trabajadores, se vió lo que había de poblacion fija; y si á la de fines del año de 70, se compara la que hay ahora, se ve que Ismailia en realidad ha progresado. Hoy tiene seis mil habitantes, y hecha la apertura del Istmo, tenía solo tres mil escasamente.

—Y ¿cree vd. que Ismailia pueda prosperar á pesar de Suez, que es el escalon natural para los buques á la entrada y la salida del Mar Rojo?

—Ya se ve que lo creo. Suez será siempre interesante como punto de estacion para las embarcaciones que van al Mar Rojo ó á las Indias, ó que vuelvan de allá; pero Ismailia no podrá menos de serlo, como puerto que ocupa el centro del Alto Egipto, cerca del Cairo, ofreciendo un medio fácil de exportacion para todos los productos de esta parte del país, colocado á la mitad del canal, y mereciendo justamente el nombre de capital suya. No está lejano el dia en que los muelles de Ismailia se vean poblados de inmenso gentío de todos los países del mundo, y llenos de almacenes, donde se acumularán los tesoros de la Europa y la América por el Mediterráneo, y los de la India, la China y la Australia por el Mar Rojo y el Océano.

Despues de un momento de silencio, continuó señalando con la mano un punto en el horizonte:

—Allí tiene vd. el famoso canal de Suez.

—¿Dónde? le pregunté, sin poder distinguir el punto que me mostraba.

—En esta direccion, mire vd. las velas de las barcas.

En efecto, con emocion comprendí que allí estaba el canal. No pude mirarlo por el momento, porque montecillos de tierra que se alzan en el sentido de su longitud, me lo estorbaron; pero veía las velas de las barcas que lo cruzaban.

Al ejecutarse los trabajos, fué colocada por un lado y otro del canal, la arena que se extrajo al abrirlo. Esta arena, que forma un cordon de pequeñas eminencias, me daba á conocer la direccion del canal, aunque no me dejaba ver las aguas.

Las blancas velas que se levantaban por encima de estos artificiales montecillos, y que lentamente avanzaban, me sugerian la fantástica idea de que las barcas caminaban sobre la tierra, á modo de los peces que salidos á la ribera desnuda, agitan convulsivamente su cuerpo, sacudiendo la cola.

Una hora despues llegamos á Suez, y eran las ocho de la noche. A falta de resolucion anterior, dejéme conducir por mi compañero de wagon, que me llevó al «Hotel de Francia,» donde los aposentos son malos, y la mesa buena.